

La puerta salvadora

El refrán popular reza así: “Cuando se cierra una puerta, se abren cien ventanas”. Y esas ventanas se llaman las ‘posibilidades’ que se nos presentan a diario, en el día a día, pero que despreciamos, trituramos en nuestras torpezas y echamos al tacho de la basura. Nuestros apegos, cerrazones de mente, mezquindad del corazón nos impiden abrir los ojos y descubrir los caminos inmensos que nos brinda la vida en nuevas e inéditas oportunidades.

Claro que hay mucha gente que no quiere entrar por la puerta. Sus intereses y cálculos van de otra mano. El Evangelio los llama “extraños, salteadores, ladrones”. Son aquellos a quienes no les interesa el bien común, la persona en su integridad, el trabajo responsable en la construcción de un mundo nuevo. Están acurrucados, protegidos hasta el extremo, en su tradicionalismo, legalismo, conveniencia. ¡Qué dolor, qué vergüenza, qué infamia!

Jesús se llama a sí mismo “La puerta”. Por ella se entra a la escuela del discipulado, es decir, una manera nueva de “ser gente”, solidaria, comprometida, generosa hasta dar la vida por los otros y las otras. Allí las relaciones humanas se fundamentan en valores, actitudes, sueños y visiones de un futuro posible, de una humanidad en contradicción con la grandeza del Reino en “justicia, paz y gozo”. Jesús es la puerta salvadora.

Casualmente, hoy, se celebra en la Iglesia el día del Sacerdote. Él no es la puerta, pero la abre. Y esto de abrirla, tiene connotaciones profundas: “No le impongan aduanas a la gente” nos dice el Papa. Tengan ‘olor de gente’ gritamos nosotros. No somos una élite, somos pueblo. Nuestra vocación no es arribista, selección impuesta por la formación, sino personas con “olor de ovejas”, contagiados hasta la juntura última, de Evangelio, de opción por los más pobres.

Cochabamba 30.04.23

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com